

en un pañuelo, ó bien presentaban el codo para que se lo estrechasen.

Y después de tantos escrúpulos..... Después de tantos escrúpulos los portuenses resultaron invadidos por la peste bubónica.



CAPÍTULO V

Figueira da Foz.

Los vecinos de Figueira da Foz son casi tan tímidos como los de Oporto.

Nada les preocupa tanto como la idea de verse invadidos por el cólera, y hay hombre dispuesto á dar la sangre de las venas en defensa de la patria, que siente rumor en las tripas y se echa boca abajo en el suelo, gritando:

—*¡Eu morro!*

Cuando llegamos á Figueira y fuimos en busca de un propietario cariñoso que nos proporcionase habitación, lo primero que hizo fué olermos cuidadosamente. Al ver á nuestra criada, palideció de pronto.

—*Esa menina ten sintomas coléricos no semblante*—dijo el hombre asustado.

—No hay semejantes síntomas—le replica-

mos;—lo que hay es que la pobrecita siempre ha sido fea de suyo.

Solo después de esta declaración humillante para la interesada, consintió el hombre en alquilarnos una vivienda preciosa, como son la mayoría de las de allí.

Figueira es una población modernísima, alegre, sana y fresca, con buenas calles, excelentes teatros y hoteles, hermoso jardín público, plazas espaciosas y un mercado soberbio de construcción reciente. La playa puede competir con la de San Sebastián, y el *barrio nuevo*, donde residen los bañistas, casi todos españoles, reúne cuantas comodidades puede apetecer el *touristè* más exigente.

Aparte de esto, los comestibles son muy baratos, y el bañista puede vivir con cierta libertad. Comienza por instalarse en una «casa decentemente amueblada», como dicen en las comedias, donde se le facilita todo cuanto puede necesitar, desde el piano hasta la escoba; no se le exigen determinados primores en la indumentaria, ni tiene que someterse á la ridícula costumbre de la *etiqueta estival*, tan extendida en otras playas de moda.

Allí el bañista se viste como quiere y alterna ó no con los demás veraneantes. Si es aficio-

nado á reuniones, se va al *Casino Peninsular*, donde baila, canta, hace el amor y juega á la ruleta; si ama la soledad se mete en su casa y puede á solas entregarse á la dulce tarea de hacer cigarrillos ó coleccionar sellos ó construir jaulas. Si busca el iodo bienhechor que ha de fortificar sus pulmones, tumbase en la playa de cara al mar, y allí se entretiene haciendo hoyos en la arena ó bien trazando con la punta del bastón el nombre de la mujer amada ó el del prestamista que le facilitó el dinero para el viaje.

Hay, pues, distracciones para todos los gustos y nadie se aburre allí, como no sea muy exigente. Claro que los cronistas de salones no podrían residir en Figueira, porque se carece de *títulos* nacionales y extranjeros; solo hemos visto un marqués cojo, con una americana de alpaca y unos zapatos de lona con el tacón torcido.

—¿Quién es ese?—preguntamos.

—Es un título del reino que me debe catorce reales desde el año pasado—me contestó un español que va allí todos los veranos.

Lo que hay son mosquitos, de esos que entonan una sonata en *re menor* antes de picar. Cantan en portugués, pero pican en español le-

gítimo. Un bañista que vivía al lado de nuestra casa, se presentó una noche en el Casino con la cara lo mismo que una sandía.

—¿No me conocen ustedes?—nos preguntó sorprendido.

—No tenemos ese gusto—le contestamos.



—Soy Charrín, el de Alba de Tormes; pero estoy muy disfigurado desde ayer.

—¿Y cómo ha sido eso?

—Por causa de los mosquitos.

Un portugués que estaba presente dijo entonces:

— *Obsérvase unha particularidade muito rara: os mosquitos pican somente aos forasteiros. As personas do paiz libranse d'esta praga.*

Yo desde que lo supe, siempre que me echaba á dormir la siesta procuraba hablar en portugués para engañar á los mosquitos, pero de nada me ha servido la precaución y he sido víctima de los insectos musicales.

No hay más que un recurso: dormir con careta, como hacía un caballero de Badajoz que vivía en el hotel Reis; antes de meterse en la cama se ponía el antifaz, como diciendo «ahí me las den todas.»

Una mañana fué á entrarle el desayuno el camarero de la fonda, y pudo menos de decirle:

—¡Eh, mascarita! Aquí tienes el chocolate.

En fin, las cosas que pasan en Portugal no pasan en el resto del mundo, como me propongo demostrar en estas páginas.



CAPÍTULO VI

Amieira.

Á corta distancia de Figueira, y en la vía de Lisboa, hállase situado el establecimiento termal cuyo es el nombre que encabeza estas líneas. Á él concurren todos los años numerosos bañistas, entre los cuales figuran no pocos españoles, estén ó no enfermos, porque esto de los baños minerales se ha generalizado de tal suerte, que la mayoría de los que á ellos acuden se hallan disfrutando de tan buena salud como yo para mí deseo.

Estuve allí una mañana con el propósito de conocer el reputado establecimiento, y lo primero que ví fué una colección de sujetos gordos, que residen en Figueira con sus familias durante el verano, y aprovechan la ocasión para irse á bañar todos los días en las aguas de Amieira.

—Sr. D. Facundo, ¿usted aquí? ¿Necesita usted baños? ¿Y usted, D. Eleuterio, á pesar de ese rostro de sanote, tiene usted enfermedades?

Estas fueron mis preguntas cuando ví á mis compañeros de la colonia española en Figueira paseando por el jardín del establecimiento en clase de bañistas.



—Verá usted— me dijo D. Facundo.—Yo, puede decirse que no tengo nada, pero como esto está tan cerca y dicen que las aguas son excelentes, me vengo todas las mañanas en el tren de las ocho, tomo mi bañito y me vuelvo á almorzar á casa.

Don Eleuterio, el del rostro sanote, añadió en tono fúnebre:

—Yo me baño por necesidad, sí señor, por

necesidad, porque tengo echado á perder el hígado.

—¿Se lo ha visto usted?

—No, señor; pero es cosa ya resuelta por toda la familia y amigos que me estiman. Tengo el hígado hecho una pasta.

—Bueno; ¿pero estas aguas mejoran el hígado?

—No, señor; estas aguas curan la herpe y demás erupciones cutáneas; además fortifican el estómago y dan calor al bazo; pero como el bazo viene á ser una especie de primo carnal del hígado, yo las tomo por espíritu de familia.

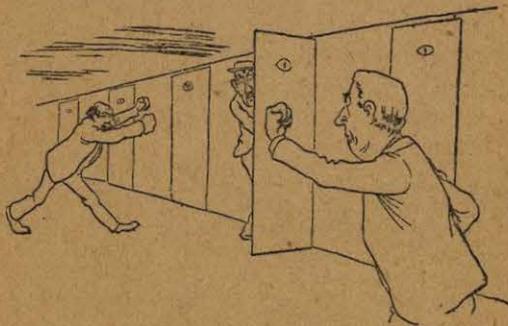
Resuelto el importantísimo punto de la inutilidad de las aguas para estas afecciones, y adquirido el convencimiento de que la mayoría de los españoles que se bañan en Amieira están tan enfermos como yo, pasé á visitar el establecimiento, que consta de un pasillo flanqueado por veinte ó treinta compartimientos provistos de pilas..... En aquel momento tomaban su baño cinco ó seis personas graves de la provincia de Salamanca, tres de Badajoz y una de Cáceres. El resto de los bañistas esperaban su turno para hacer lo mismo. De pronto sonó una campana estridente.

34267

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1625 MONTERREY, N. L.

—¿Qué es eso?—pregunté asustado.

—El primer toque avisando á los bañistas que salgan de la pila. Luego oírán usted otro para que se pongan los calcetines, y después otro para que abandonen el cuarto y se presenten en el pasillo. Aquí todo se hace á toque de campana.



Cuando estábamos en esto, entreabrióse la puerta de uno de los cuartos de baño y vimos aparecer la cabeza de Rebollo, el procurador de Cáceres, que trataba de salir.

—¡Adentro!—gritó uno de los celadores de la casa.

—¿No puedo salir?—preguntó Rebollo tímidamente.

—No, señor; tiene usted que esperar el tercer toque.

—Es que.....

—¡Adentro!—rugió el vigilante cerrando la puerta de golpe y porrazo.

Allí se hace todo con una precisión pasmosa. El bañista tiene que permanecer en el agua hasta oír el primer toque; cuando suena éste, saca los pies de la pila y espera el segundo. Vuelve á sonar la campana, y entonces se pone los calcetines de prisa y corriendo; después los pantalones y la camisa, y por último, el chaleco y el gabán. Al tercer toque abre la puerta y sale al pasillo aseado y fresco.

Solo en casos excepcionales se permite al bañista abandonar el cuarto antes del tercer toque, y para ello es preciso que presente certificación facultativa, visada por el cónsul declarando que tiene que hacer una diligencia necesaria y personalísima.

Hay hombre que se viste antes que los demás y está esperando con impaciencia las campanadas redentoras: pero tiene que permanecer encerrado, y lo más que se le permite es que pasee ó distraiga el ocio tarareando alguna co-silla de zarzuela.

*
* *

Aparte todo esto, los baños de Amieira son excelentes, la fonda está bien servida y los bañeros no le pegan á uno, como hacen los de otro establecimiento español que cogen á los bañistas por la cabeza y los sumergen en la pila diciéndoles:

—Á bañarse, que esa es la obligación de usted ¡so mamarracho!

En Amieira no: el bañero lo más que hace es empujar suavemente al bañista para que salga pronto del cuarto, á fin de no hacer esperar á los de la segunda tanda, y si ve que alguno se demora, jura un poco en portugués y le da cuatro ó cinco patadas á la puerta.

Por uno de los bañeros—pues allí no hay médico-director—supe que las aguas han realizado curaciones maravillosas.

Á un caballero de Chaves, que había perdido el gatillo á consecuencia del humo del tabaco portugués, le salió uno nuevo con solo gargarizarse siete veces por la mañana y por la noche; á una señora de Alentejo que tenía seca toda la parte de abajo de la cintura á causa de una insolación, se le reprodujo la humedad después de nueve baños y una ducha; y, por último, dice el bañero que aquellas aguas son buenas para todo: para el estómago, para

el reuma, para el zumbido de oídos, para la dentición y para la tartamudez, por inveterada que sea.

Algunos, dice el bañero aludido, emplean el agua para quitar manchas y notan que no solo las quita, sino que además hace crecer el pelo de los gabanes.....

En fin, yo pienso enviar á Amieira toda mi ropa de invierno.

Es cuanto puedo decir en pro de estas aguas.



CAPÍTULO VII

El fénix de los carteros.

¡Oh, la seriedad, el respeto á la ley!

En Figueira hay un cartero que se llama Antonio, por pura modestia, porque su verdadero nombre es Catón.

No saluda, no sonríe, no conoce las asechanzas de la hembra, aborrece el vino y el juego.

Su única misión en el mundo consiste en repartir la correspondencia, con la seriedad de un obispo; y al entregarnos las cartas parece que nos administra los santísimos sacramentos. Tal es su circunspección y la fe con que desempeña su cometido en este mundo.

Por la tarde recoge la correspondencia depositada en los buzones y la conduce majestuosamente al correo central en una bolsa de cuero.

En aquel instante no se cambiaría por un emperador victorioso ni por una tiple de esas que arrebatan á la multitud y arruinan á los empresarios.

Hay quien asegura que cuando Antonio se dirige al correo, llevando en la diestra la bolsa, tararea en voz baja la marcha real portuguesa, como para rendirse á sí mismo un tributo de consideración y respeto.

Algunas veces, viéndole pasar, le he saludado cortésmente, y él me dirigió una mirada severa, que equivalía á decir:

—Bien podía usted suponer que esta no es ocasión de andarse con saludos. En este momento, yo no soy Antonio ni tengo relaciones con nadie. Soy el fiel custodio de la correspondencia pública; el ser inviolable designado por la Dirección general de Correos y Telégrafos para la conducción de un tesoro.

Hasta la fecha no he podido conseguir que me entregase las cartas dirigidas á mi familia.

—¿Está en casa D. Fulano de Tal?—pregunta solemnemente.

—Sí, señor—le contestan.

—Aquí traigo una carta dirigida á su nombre.

—Venga.

—¡No!—exclama Antonio dando un paso atrás.—Que se presente el interesado.

—Está durmiendo.

—Pues que despierte.

Lo más que hace es penetrar en la alcoba donde duerme el destinatario, y después de



despertarle y reconocerle con cierta escrupulosidad, le entrega la carta diciendo:

—Conste que el día tantos de tal mes, á las once en punto, he hecho entrega de una carta, procedente de Madrid, á D. Fulano de Tal, casado, con hijos.... Y sale de la habitación como un general en jefe que acaba de realizar un hecho de armas famoso.

Antonio es soltero por varias razones; la pri-

mera porque él no necesita más compañía que la de su bolsa, y después, porque no ha encontrado aún una dama que sea digna de llevar su nombre.

¡Casarse con un cartero! ¡Ahí es nada! Lo más que haría, por condescender, sería dar su mano á la hija de un presidente del Consejo de ministros ó á la Patti, si se volviera á divorciar.

Dicen que en cierta ocasión á Antonio querían darle un distrito, para que lo representara en Cortes, pero él se opuso, manifestando:

—¿Había de cambiar por un acta mi posición de cartero? ¿Acaso me han creído tonto?

Pocas personas más satisfechas de sí mismo que este cartero, ni nadie como él más esclavo de las ordenanzas postales.

Yo le ví recogiendo con su acostumbrada majestad la correspondencia depositada en el buzón de la calle donde habito.

Corrí al encuentro de Antonio y quise entregarle una carta que acababa de escribir.

—¿Cómo? — exclamó él retrocediendo. — ¿Trata usted de corromperme?

Y cogiendo las cartas del buzón comenzó á meterlas en la bolsa una por una.

—Meta usted esta también— dije yo.

—No es posible.

—¿Por qué?

Antonio, sin contestarme, cerró de nuevo el buzón, guardándose la llave en el bolsillo. Después habló así:

—Deposite usted su carta en el buzón como si yo no estuviera presente. Ante todo la ley.

Hice lo que Antonio me mandaba, y entonces él volvió á sacar la llave del bolsillo, abrió la puerta del buzón y apoderándose de mi carta la dejó caer en la bolsa, diciendo:

—Así es como se cumplen las leyes en Figueira da Foz.

—¿Conocen ustedes un cartero semejante? ¿Habrá en toda la Península un ser más extraordinario que este cartero de Figueira?



CAPÍTULO VIII

Del pudor y otras cosas.

Hay países pudorosos de suyo y este es uno de ellos.

Las señoritas portuguesas se bañan con unos trajes largos, que las ocultan completamente á las miradas masculinas, sin que se pueda traslucir el más ligero síntoma de cutis; y aun así dicen las mamás desde la playa:

—*Minha filla, muita cautela.*

—*¿Por qué, minha nay?*

—*Tápate ó pesçoço, que hay aquí rapaces muito atrevidos.*

Para evitar estas y otras indiscreciones, algunas chicas se bañan metidas en una especie de saco, que sujetan al cuello con una jareta, de modo que muchas señoritas esculturales se convierten en talegos espontáneamente.

Una tarde perdió pie una señorita y estuvo

á punto de ser arrastrada por las olas. Un joven abnegado de la provincia de Cáceres se lanzó á socorrerla, y pudo, no sin grandes esfuerzos, conducirla á la playa.

—¡Hija de mi corazón!—gritaba la madre en su idioma, estrechándola contra el seno.

—¡Qué rubor!—decía la chica tapándose el rostro con ambas manos.

—¿Por dónde te ha cogido?—preguntaba la mamá.

—¡Por una canilla!

Á consecuencia de este hecho inevitable, aunque deshonesto, los papás de la muchacha quisieron que el chico salvase el honor de la *náufraga* casándose con ella; y en caso de realizarse la boda, es muy posible que se dediquen á *náufragas* otra porción de jóvenes que desean marido y no lo encuentran por ninguna parte.

Allí se encuentran muchos tipos raros de España.

Suele ir una familia, compuesta de un padre severo, que no se quita los botines blancos ni para bañarse, y anda por allí con un sombrero de paja que parece una espuerta; una mamá con la cara lo mismo que un queso gallego y dos niñas largas y velludas, que cecean al ha-

blar y miran á los hombres como si quisieran comérselos con patatas.

Pero el papá dice que no quiere consentir relaciones en el extranjero, y una tarde en la playa cogió por los faldones del chaqué á un chico lusitano y por poco lo estropea, solo porque éste ofreció á una de las chicas un melocotón en dulce, y al írselo á dar la tropezó en una oreja.



Á este mismo caballero le han echado ya de dos fondas por su mal carácter. Si le servían la comida caliente, comenzaba á arrojar por aquella boca sapos y culebras; si se la daban templada, quería desafiar al fondista y herirle en su amor propio, y, por último, una noche en el «Hotel Castela» se tragó una espina de besugo, y empezó á disparar tiros de revól-

ver y á insultar á todas las personas celestes, desde San Pedro hasta San Justino protomartir, de los menos significados, y tuvo que subir la pareja y amenazarle con el presidio. Entonces él sacó la cédula de vecindad, y se vió claramente que no era un bañista cualquiera, sino que tenía casa de comidas en la calle del Bonetillo, y que poseía la cruz de Isabel la Católica, concedida por los sagastinos.

Casi todos los bañistas que se dan importancia tienen sobrados motivos para ello.

Siempre que se presenta en la plaza alguna familia con aire majestuoso, al momento nos decimos:

—Ya se ve que esa gente es importante de suyo.

Y en efecto, resulta á lo mejor que el jefe de la familia es un empleado del Ayuntamiento de la corte, ó agente de una agencia fúnebre ó tenor cómico, retirado de las tablas.

En Figueira está de moda la flauta, y hay una porción de chicos locales que se presentan en el casino Mondego á ejecutar fantasías, ora de la *Sonámbula*, ora del *Trovador*, ya de la *Traviata*, si que también de la *Lucia*.

Una noche se anunció como concertista un tal Asneiro, joven figuerense que toca como un

ángel, pero cuando estaba preparando el instrumento, le vimos palidecer y llevarse las manos al vientre; después lanzó un suspiro ahogado, como aquel que va á llamar al sereno y no puede..... Cinco minutos después, era casi cadáver.

La mamá que estaba sentada entre el público, acudió en socorro del hijo de sus entrañas, y allí mismo le dió unas fricciones con una toquilla empapada en bálsamo tranquilo. Gracias á esto el joven flautista no falleció en presencia del público, pero el concierto tuvo que suspenderse.

El chico es notable, según dicen, y comenzó á tocar la flauta pocos días después de su nacimiento, y los papás al ver su disposición ya no le dedicaron á otra cosa, ni han querido que se tomara molestias de ninguna clase.

—Tú, á tu flauta—le decía el autor de sus días; y mientras él arrancaba dulces sonidos al instrumento, su papá le limpiaba las botas y le ponía los calcetines.

El chico es tan artista, que ni siquiera se lava por no perder el tiempo en asuntos prosáicos, y su hermana mayor se encarga de esta tarea. Cuando le ve más entretenido estudiando, va por detrás con una esponja y empieza á fro-

tarle hasta que le deja como los chorros del oro.

Es un artista que todo lo expresa con la flauta. Cuando se ve contrariado porque le aprietan las botas ó porque advierte que le va



á salir un grano, comienza á lanzar quejidos con el instrumento. Si sus papás regañan, pone paz por medio de una melodía dulce y suplicante; si hay alegría en el domicilio, rompe á tocar con júbilo atronador y transmite á la familia sonidos de felicidad que la enloquecen.

Nosotros supimos todo esto por una criada

que tuvo el flautista, la cual criada nos decía, en el colmo de la admiración:

—Hace lo que quiere con la flauta; en aquella casa no hay penas, porque el día que se pegaba el arroz ó regañaba el matrimonio, venía el señorito con el instrumento y devolvía la paz á los espíritus.

